

EL MOTÍN

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, trimestre 1,50 pesetas.
—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Número suelto, 10 céntimos.—Atrasado, 25.—Corresponsales, 25 números, 1,50 pesetas.

LAS DOS ESPAÑAS

De los dos grandes porciones en que, por diferencias morales y físicas, aparece dividida España, la menos apta para ensayar el sistema representativo es la que ha venido predominando desde la instauración de ese régimen.

Sabe todo el mundo que dicha organización política no sufre con las reyertas, los exabruptos y las extravagancias individuales detrimento serio, y que padece en cambio lesión enorme con la falta de moderación y serenidad en los acuerdos colectivos.

Es muy común en las asambleas germánicas y anglo sajones que los legisladores, convertidos en mozos de cuerda, se vayan furiosamente a las manos. Pero no llega a la nación ninguno de los golpes que unos a otros se administran.

Huelgan allí las polémicas tan pronto como cesan las disputas, y apenas desvanecida la tormenta, se resuelve en firme y se ejecuta sobre la marcha.

Lo mismo hubiera pasado entre nosotros, de haber correspondido la dirección del sistema a gentes que tenían la práctica de deliberar sobre el bien público, adquirida en las antiguas Cortes, en los históricos Consejos y en los regimientos y justicias municipales.

Correspondió a los que habían vivido hasta última hora bajo el suave despotismo moruno, y así ha salido ello.

No es, por tanto, a la nacionalidad, sino al meridionalismo imperante, que dijo Sellés, a quien hay que pedir cuenta de nuestra caída.

Larga preparación traía la catástrofe por él provocada y que a todos nos ha cubierto de luto.

Desde comienzos de siglo, los hombres de la zona comprendida entre el cabo de Santa Tecla y la desembocadura del Ebro parecían extranjeros en su patria.

Diferenciábanse de portugueses, ingleses y franceses mucho menos que de los españoles del Sur, y mientras éstos ponían la mira en África, aquéllos mantenían trato continuo con el centro de Europa.

La parte meridional, burlándose del acento, de la formalidad y de la supuesta aversión de los vecinos del Norte, consiguió relegarlos a un hostil apartamiento, y acabó por ejercer en los hábitos, en el criterio y en el alma de la nación una soberanía absoluta.

Privó a España de la clásica gravedad que se complacía en hablar poco y hacer mucho, que abominaba de los colores chillones y de los ruidos discordantes y que profesaba como una religión el hidalgo comedimiento, e inyectó en sus venas la afición a las zambra y las burlas, la presuntuosa confianza en las propias fuerzas, el desden por los agentes positivos y la completa inaprensión del día de mañana.

Al compás de las murgas callejeras nos arrastró a la campaña cómica de Melilla, no sin encargar a los soldados que le trajesen, al volver triunfantes, muchas orejas de moros.

Y de igual suerte, siempre alegre, rumbosa é inconsciente de la realidad, nos ha arrastrado últimamente a la guerra con los Estados Unidos, sin tener la más leve duda

respecto a la victoria ni la más mínima noción acerca de los peligros y los gastos.

Ahora tocamos las consecuencias del predominio de esa media España, tan simpática y volandera como la cigarra del apólogo, sobre la otra media tan oscura, tan trabajadora y tan pisoteada como la hormiga.

Ha sobrevenido la estación cruda, se han agotado hasta el postrer grano de trigo las provisiones, y cantoras y obreras están a punto de morir de hambre.

¿Tiene sería desconocer que de las comarcas meridionales de la Península han salido, salen y saldrán patriotas y ciudadanos que, por la altura de pensamiento, la ponderación de juicio, la entereza de carácter y la austeridad de costumbres, igualan y aun superan a los mejores.

No se entienda, pues, que dependen exclusivamente de la situación geográfica, ni que son anejos forzados del clima y de la vasta los daños que ha causado y seguirá causando, si se le deja, el meridionalismo.

Ha surgido el mal de la ligereza egoísta con que ciertas clases directivas é intelectuales lo apadrinaron, lo fomentaron y lo pusieron en moda.

De esas clases bajó la protección a la odiosa flamenquería, y brotó el culto del torero y del cante, extendido rápidamente al teatro, a la sociedad y a todos los órdenes de la vida pública.

De ahí vino el que Madrid y las ciudades más importantes se poblases de *colmados*, *taurinas*, *freidurías*, *privelos* y *turquios* donde noche y día resonaban las palmas, los ayes y las patadas de bailarinas y cantadores.

Llegó a la capital de la nación, ahora va para veinte años, el príncipe de Gales, y le obsequiamos de oficio con una sesión de peteneras.

A las Exposiciones Universales del 78 y del 89 enviamos como representación genuina de nuestros tipos y costumbres varias cuadrillas de toreros y otras tantas pandillas de gitanos.

Y todas las primaveras andan por la feria de Sevilla el duque de Orleans y numerosos príncipes, magnates y loretas, ganosos de apreciar el color local, que no consiste para la mayoría de los extranjeros más que en baileteos, zalagardas y *broncas*.

Ese, ese es el meridionalismo que nos ha conducido a una catástrofe moral todavía peor que la material.

Y, ó acabamos de una vez con él, ó él acabará, no tardando, con nosotros.

Si la patria ha de renacer, es indispensable que el espíritu volandero del Sur se subordine al espíritu reposado del Norte, y que la gran faja central de la Península se avenga, como hasta aquí lo ha hecho con el primero, a servir de almohadilla y contrafuerte al segundo.

Es forzoso que de la orientación general, dirigida desde 1833 por los temperamentos de Ebro y Duero abajo, se incauten, de consenso mutuo, los temperamentos de Duero y Ebro arriba.

Cuando las cigarras dejen de gobernar a las hormigas, será tal vez viable la obra de reconstitución nacional, que ha de fundarse, no en ansias de desquite ni en sueños de grandeza, sino en las virtudes cardinales del trabajo y del ahorro.

ALFREDO VICENTI

LA RAIZ DEL MAL

Vida Nueva propone a *El País*, *Las Dominicales*, *El Socialista*, *El Nuevo Régimen*, *Progreso*, *Revista Blanca* y *El Motín* la constitución de un Sindicato

contra las brutales coacciones, penadas en el Código, que ejercen obispos carlistas, gobernadores salvajes y alcaldes de monterilla, para impedir la venta de los periódicos radicales y perseguir a sus corresponsales y suscriptores.

El Motín se adhiere a la proposición desde luego, aun cuando no cree en su eficacia.

Y no cree, porque como al adoptar cualquier resolución habría que valerse de abogados y procuradores republicanos de la localidad en que el atropello se cometiera, y son muy pocos los que reúnen condiciones de entereza y energía, llevaríamos la causa perdida desde luego.

Hace años cometiéndose en Santander una alcaldada contra los libros de El Motín; acudió a los tribunales en debida forma; se eligió un abogado y un procurador que pasaban por anticlericales, y, efectivamente, se portaron peor que si hubieran sido clericales. Eso sí, no pasaron la cuenta. A cada uno lo suyo.

El mal no está en los clericales, no, sean alcaldes, gobernadores u obispos; está en los correligionarios. Cumplieran éstos como deben y aquéllos no podrían hacer lo que hacen.

Llega un periódico anticlerical a un pueblo, si es que algún empleado en Correos no le ha puesto el veto, é inmediatamente los clericales amenazan al vendedor ó al sobornan; en el primer caso, el hombre se asusta y escribe diciendo que el periódico no tiene venta allí; en el segundo, continúa llevando cinco ó seis números, para que otro corresponsal no lo pida, números que nadie ve. Es frecuente el caso de suscribirse a El Motín algún correligionario de las poblaciones en que tenemos corresponsal, porque no va allí el periódico.

Con los corresponsales antiguos, suele, en cambio, ocurrir esto:

De pronto, y sin que antes haya hecho indicación alguna, dice un corresponsal que llevaba 50, 30 ó 25 números: «Suspenda usted el paquete, porque no se vende ni un solo número.» Mentira. No es posible que en un día dejen de comprar un periódico todos los que lo compraban, sin causa para ello. Es, como ya he dicho, que los clericales le han ofrecido protegerlo, ó le han dado algo, ó lo han asustado.

Claro es que hay corresponsales buenos, que no se prestan a tales tratos; sin éstos sería imposible sostener la prensa anticlerical. Pero desgraciadamente son los menos. Unase a esto la pillería que no paga, y calcúlese como andará el oficio.

Para demostrar esto que digo, indicaré que de poco tiempo acá, se han dado de baja los corresponsales de El Motín en Aguilar, Conquista, Elche, Tárrega, Ciudad-Real, Las Palmas, Segovia, Hellín, Valdepeñas, Villacarrillo, Benidorm, Piedrahíta, San Andrés de Palomar, Murcia, La Roda, Jumilla, Villarreal, Minas de Riotinto, Burriana, Malpartida de Plasencia, Peralada de San Román, Recas, Capellades, Ecija, Andújar, Vilches, Algarinejo, Morella, Portman, La Línea y Aranda de Duero; y que han rebajado el pedido, porque los republicanos no lo compran, los de

Córdoba, Pamplona, Oviedo, Pontevedra, Santander, Gijón, Lorca, Guareña, Manresa, Tarrasa, Carmona, Linares, Astorga, Avilés, Burgos, Peñarroya, Granada, Jaén, León, Málaga, Valladolid, Vigo, La Unión, Sagunto, Plasencia, Calatayud, Monforte y Arganda.

¿Hay alguna razón para esto? No. Podría haberlas, y muchas, para lo contrario, para aumentar el pedido.

El Motín continúa siendo lo que siempre fué: anticlerical y antifetichista; no busca un céntimo por caminos censurables; está bien escrito; procura, y lo consigue casi siempre, ser ameno; no vacila jamás en sus convicciones; predica la revolución como único remedio para nuestros males, aquí donde casi todos blasonan de revolucionarios; no tiene nadie que echarle en cara ningún acto sucio; lleva 19 años en una textura que no ha conservado nunca periódico alguno; aparte su campaña constante contra el clericalismo, hizo una contra los conservadores que se recordará mientras haya prensa; ha combatido, encontrándose solo al comenzar, a las fracciones republicanas por su organización doctrinaria, inútil, perjudicial, y las fracciones no existen; ha atacado a los jefes de esas fracciones por apáticos, acomodaticios, incapaces, y hoy le dan la razón casi todos los republicanos; ¿qué razón hay, pues, para que se vean obligados los corresponsales a darse de baja, y para que los lectores, al ver que dejan de llevarlo, no se suscriban directamente? La razón de siempre: que son clericales muchos republicanos, y a otros les conviene fingir que lo son.

Por lo tanto, créame Vida Nueva: no afeitaríamos nada formando ese Sindicato, en el que, no obstante, entraré, si se lleva a cabo.

Es inútil, completamente inútil lo que intentemos en este sentido. Mientras los correligionarios no resuciten a la vida de la dignidad; y ante los atropellos no protestan enérgicamente; y no retrocedan ante el gasto de cincuenta céntimos al mes; mientras, temerosos de perder clientela en su industria, ó de cerrarse la puerta de un favor, ó de disgustar a un cacique, ó de sufrir una molestia, sirvan de comparsas al clericalismo fingiendo creencias que no tienen; mientras cedan en usufructo los pantalones a sus adoradas mitades, y sean ellas las que, de acuerdo con el párroco, les marquen los periódicos que deben leer, ¿qué hombres ni qué revolucionarios ha de haber en España? Y no habiéndolos ¿quién va a leer los periódicos radicales? ¿Las Hijas de María acaso?

A LOS OLÍAS

Caballeros de la Concentración democrática, vulgo los Olías:

Nada de nebulosidades, ni de cuquerías, ni de farsas. Hay que hablar claro.

Todo ese galimatías que ustedes arman ¿es para trabajar por la República ó para ver si sostiene la monarquía?

Las señas son de lo último. Por esto hay que cantar de plano.

Lo que ofrecen ustedes al país, puede ofrecérselo cualquiera. Reorganización de la enseñanza, de la administración de justicia, del ejército y de los presupuestos corresponsales... Apenas hay redentor del género

sacamuelas que no ofrezca lo mismo. Lo que deben ustedes decir es cómo van a hacerlo.

¿Pero que han de hacer, si están ustedes como aquella apreciable familia que decía:

Si tuviéramos aceite, ajo, pimentón y sal, haríamos unas sopas, pero si nos falta el pan?

No tienen ni respetabilidad siquiera; los monárquicos, por haber sido encubridores, cuando no cómplices, cuando no autores de los crímenes cometidos contra la patria en los últimos 25 años; los republicanos, por la torpeza política que acusa el no haberse enterado en todo ese tiempo de que la forma de gobierno es lo de menos.

¿Lo de menos la forma de gobierno, cuando por sostener la existente han ocurrido todas las catástrofes que los Olías ofrecen remediar, sólo con disponer de la *Gaceta*?

Pero, señor, ¿cuánta gente hay en España dispuesta a sacrificarse por el país desde las alturas del gobierno? En su buen deseo, no reparan en dejar la República por la monarquía, en hacer ver lo blanco negro, en lanzar programas ridículos. En lo único que no incurre, es en la vulgar manía de renunciar a lo que chupa de esta nación arruinada. Dos exministros republicanos forman ya a las órdenes de Olías, y ninguno ha cedido las 7.500 pesetas que cobra anualmente.

Dispénsesele si, hallándose convencido de la poca importancia de esa Concentración cómica-culinaria, le dedico todos los números unos renglones. Pero me hace tanta gracia eso de que Castelar leyese un discurso para que lo pusiera en solfa el amigo Martín de..., que no puedo sustraerme al deseo de proporcionarme este recogido semanal.

Nota. Felicito a Fernando González por haber ingresado en la cuadrilla de los Olías. Trocar la jefatura de Salmerón, que lo hizo ministro, por la de Joaquín Martín de..., es hacer méritos para caer bajo la férula aliadista de Esquerdo. Y a galope tendido.

El periodista jornalero

Hace años escribí mi queridísimo y malogrado amigo Federico Moja y Bolívar:

«Hay tan poca valentía en los juicios de la prensa; se habla del poderoso ó del fuerte con tales circunloquios, que no es extraño que la sociedad, cansada, aburrida y desengañada, ni tenga entusiasmo para aplaudir a los buenos, ni vigor para censurar a los malos.»

Esta es, indudablemente, una de las causas que influyen más en el desprestigio de la prensa; el no inspirar sus actos en un criterio invariable de justicia. ¿Se trata de un personaje? Disfraya la verdad, si la verdad le deshonra; en cambio se ceba sin compasión en el infeliz, sin perdonar detalle desfavorable, sin caridad para su desgracia, sin respeto hacia su familia. Ejemplos de esto último, los tenemos a diario: de aquello, citaré un hecho únicamente. El obispo de Cádiz, Calvo y Valero, se quedó con los millones que Igareda dejó a los pobres de Cabezón de la Sal, Santibáñez y Carrejo. Durante doce años estuvimos ocupándonos del asunto varios periódicos; ni uno solo de los de gran circulación pidió que se persiguiese al obispo. Más aún; al morir recibió elogios de todos por su honradez, su virtud y por no recordar cuantas cosas más.

¿Por qué ocurre todo esto? Porque hoy el periodista es, por regla general, un albañil de ideas que va a dar su peonía

Biblioteca de "El Motín,"

El dolor universal

POR

Sebastián Faure

ge un bien, para el amo es el beneficio y la gloria; mas si se efectúa una acción mala, la responsabilidad y la infamia recaen en el inferior. Está éste a merced de aquél; nada puede contra su jefe, y el superior lo puede todo contra él. Parece que en ese campo de feria que se llama sociedad, álzase el mástil enorme de una cueva en lo alto, del cual está colgada la felicidad como premio. A su alrededor se aglomeran los grupos humanos; desgraciados los que están debajo; sus espaldas acardenaladas tienen que soportar el peso de los que están encima; desgraciados también los que se agarran sólidamente; se pasa sobre sus cuerpos, se monta sobre sus cabezas, se les precipita en el espacio, y la multitud, aullando al ver la caída, lanza exclamaciones tanto más fuertes cuanto mayor sea el porrazo. ¡Such is life! ¡Tal es la vida!

Cuando como observador imparcial y sin preguntarse si está bien ó mal, si es ó no necesario que tal ocurra, se comprenden todas las ventajas anejas al mando y los inconvenientes de la obediencia; cuando se compara la condición de los humildes con la suerte de los poderosos; cuando, en fin, se mira esa invencible obstinación con que el individuo persigue la felicidad y huye del sufrimiento, explicase uno sin dificultad el encarnizamiento con que procura elevarse sobre sus semejantes para no tener que inclinarse hacia ellos, á fin

de poseer el derecho y la fuerza de hacer que las cabezas se inclinen ante sus mandatos.

Naturaleza humana; mira aquí otro crimen con el que quisieran hacerte cargar, pero no lo lograrán. Ahora se sabe que el culpable está en otra parte. Tranquilízate: será habido.

C.—CONCLUSIÓN

El ser social es el producto de los tres factores siguientes: herencia, educación, medio. Si es malo, es que tiene interés en serlo. Otras numerosas en apoyo de esta opinión. Inutilidad de la reprensión y de las predicciones moralizadoras. Afirmación tranquilizadora para el porvenir.

Se me hará esta justicia; que lejos de esforzarme á negar las miserias morales que agraman á la humanidad, tal vez he pecado por exceso contrario. Algunos me hallarán muy severo, yo les contestaré con el poeta:

«Souvent la peur d'un mal nous jette dans un pire.»

Temía que se me tratara de Panglosista interesado, y que se pensase que, dispuesto á declarar inocente al individuo, tenía empeño en no mostrarlo tal cual es. Si con este temor me he corrido un poco en la exageración, me alegro, porque mis argumentos no pueden menos de ganar con ello en vigor. Si he mojado la pluma en tinta muy negra para delinear el ser humano con todos sus defectos, sus vicios, sus bajezas, sus infamias, sus crímenes, y si, no obstante, he conseguido sentar que es perezo, egoísta, violento, embustero, avaro, dominante, es que esto se explica sin que haya que tener en cuenta sus naturales inclinaciones; si he probado además, como me alabo de haberlo hecho, que todo concurre á impulsarlo por el camino de los vicios, y que nada, por el contrario, le incita á las virtudes opuestas, no habré demostrado sobradamente que el hombre, como todo lo demás en la Naturaleza, se adapta perfectamente al medio, que es producto de éste en el orden moral como en el físico; que ha tenido necesariamente que sufrir á través de las edades todas las modificaciones que lleva en sí la evolución; que se conformará necesariamente también en el porvenir á las condiciones que puedan resultar de una nueva fase de la evolución eterna?

Deduzco pues: El individuo social es, y sólo puede ser, lo que le hacen la herencia, la educación y el medio. Sería per-

der el tiempo querer luchar contra este hecho. En un medio antagónico, violento, falso, jerárquico, es fatal que el ser sea egoísta, batallador, hipócrita, dominante.

Contra esta fatalidad nada podrán consejos, advertencias y castigos: «Todos los sistemas de penalidad, dice E. de Girardin, y todos los suplicios han sido imaginados. ¿Para qué han servido, si no es para demostrar su impotencia?»

No hay, tal vez, uno siquiera de los grandes talentos que se han ocupado de la cuestión, que no decida en idéntico sentido. Platón dice que «los crímenes son producidos por la falta de cultura, por la mala educación y por la mala organización del Estado». Se lee en la célebre *Utopie*, del ilustre Tomás Moro: «La justicia en Inglaterra y en otros muchos países se parece á esos malos maestros que pegan á los escolares en lugar de instruirlos. Hacedis sufrir á los ladrones tormentos horribles; ¿no valdría más asegurar la existencia de todos los miembros de la sociedad, para que nadie se encontrase en la necesidad de robar primero y ser castigado después? Abandonáis millones de niños á los estragos de una educación viciosa é inmoral. ¿Qué hacéis, por tanto? Ladrones y asesinos para tener el gusto de ahorcarlos.»

En su magnífico *Système de la Nature* (capítulo II), Helvecio declara que «si vemos tantos crímenes en la tierra, es porque todo conspira á volver á los hombres viciosos y criminales; sus religiones, su educación, sus gobiernos los empujan irremisiblemente al mal. La moral, por tanto, predica en vano la virtud.»

Morelli se expresa así: «He descubierto que en todos los tiempos, nuestros sabios, al pretender curar una depravación que desastrosamente han creído gaje fatal de la condición humana, tomaron precisamente el veneno por el remedio. Nunca han pensado en que su moral podía ser causa de la corrupción; las leyes humanas parecen demasiado angustas para ser nocivas, y han preferido acusar á la Naturaleza. Nuestra educación corrompe, nuestra triste moral, son las que han hecho el mal de que acusáis á la Naturaleza.»

El mismo Juan Bautista Say ha dejado á su pluma estampar la confesión siguiente: «Si queréis un pueblo virtuoso, dadle bienestar y siempre bienestar, pues será perpetuamente

inútil que os sofocéis predicándole la moral si no sabeis hacer útil la virtud y que resulte perjudicial el vicio.»

«Cienicienta verdadera», dice Jeh Solerr, mal vestida, mal alimentada, haciendo las faenas más penosas de la casa de la humanidad, mientras que la falsedad y el error convierten, de terciopelo y seda, llenos de bordados y pedrería, se ven halagados, rodeados de homenajes. Así es que todo el mundo miente.»

El conde de Cavour, que debía saber algo de esto, afirmaba, que «los poderosos y los ricos están desprovistos de una mitad de las ideas y sentimientos del género humano.»

El ilustre autor de *Fuerza y Materia* (página 499) declara que «la falta de inteligencia, la pobreza y carencia de educación, son los tres grandes factores de los crímenes.»

Birni no teme llamar á la ignorancia «la causa principal de los vicios que perturban la sociedad.»

El famoso explorador David Livingstone estima que «el hambre es una influencia poderosa sobre el carácter; que los niños, los salvajes y en ciertas condiciones los pueblos que blasonan de civilizados, ofrecen cortos ejemplos de ello, y que el hambre es el origen de multitud de violencias.»

«El medio más seguro para impedir la perpetración del asesinato y el robo, afirma De Greef, es suprimir ante todo la miseria; la pobreza es mucho más destructora del orden, de la familia, de la sociedad, que las ideas condenadas subversivas.»

Marc Gayan opina que «lo que desmoraliza los pueblos, más que el decaimiento de la religión, es el lujo y la pereza de los unos, la miseria irritada de los otros.»

El economista Molinari da al crimen un aliento original: «Un asesino de profesión, dice, corre menos riesgo de morir que un minero. Una Compañía de seguros para asesinos y obreros mineros, podría pedir á los primeros una prima inferior á la que tuviera que exigir de los segundos.»

«No habia motivo para exclamar con Aureliano Scholl: «la sociedad fabrica criminales para probar su utilidad castigándoles?» ¿Y no se podría con justicia definir la sociedad como

(Continúa)

da donde lo llaman: porque, repitiendo la frase de Dumas, ha convertido en *el oficio la más noble de las profesiones*, según se confirma en estos párrafos que copio de un artículo:

«Antes, el periodista era un combatiente que acudía a luchar en pro de sus ideas bajo la bandera política que enarbolaba tal o cual periódico. Hoy el periodismo es una industria, y el periodista, como queda dicho, un obrero. El redactor que poco há escribía en un periódico republicano, escribe ahora en un periódico monárquico; el que ayer atacaba enconadamente a un hombre político, hoy lo defiende en el órgano que este hombre político sostiene; los periodistas pasan de una redacción a otra, sin más razones que las que tiene el jornalero para pasar de una a otra obra: por razones del salario.»

Se explica en parte que ocurra cuanto se afirma en esos renglones, por lo terrible que es hoy la lucha por la existencia; pero es lamentable que ocurra eso que se afirma. Y digo esto, sin perjuicio de compadecer al hombre inteligente que se ve obligado a ganarse la vida de ese modo.

Si, yo siento compasión profunda hacia el que, arrastrado por la ola de la necesidad, arriba a playas del periodismo donde nunca por voluntad propia habría posado su planta. Yo lo veo, pluma en ristre, pugnando por rechazar las palabras que a sus puntos acuden en tropel desde su cerebro, para dejar paso a las que tiene la obligación de trazar, inclinado sobre las cuartillas, pidiendo en vano al sofista recursos para defender una causa que en su conciencia cree injusta, resistiéndose a estampar una frase en alabanza de un inepto ó de un malvado, comprendiendo que los puntos de su pluma desgarran el bolsillo de una gran empresa en provecho de la que él le paga, ó que los párrafos que estampan sirven de memorial para obtener éste ó aquél favores políticos...

Y al terminar la labor del día tras rudos esfuerzos, yo lo veo apartar la mirada de lo que ha escrito como se ahuyenta de la imaginación un remordimiento; y creer que tiene algo de común con la desgraciada que vende su cuerpo, y hasta sentirse inferior á ella por valer mucho más lo que ha vendido; y entrar en deseos de ahogarse si propio por su falta de valor para luchar ó de fuerzas para resistir; y encontrar amargo el pan con tanto vilipendio ganado...

¡Estos son suplicios que no pudo el Dante adivinar en su infierno!

¿Que todo esto que pinto se aparta de la realidad, que el hábito llega á imponerse, y que sin esfuerzo ni violencia escriben muchos lo mismo en carlista que en republicano, igual una oración que un cantar obscuro, un elogio á un miserable que una censura contra un honrado? Si; ya sé que hay muchos que lo hacen, pero no me refiero á ellos, sino á los que se ven atados deseando correr, á los que tienen alas y se ven enjaulados, á los que han ido desde la luz á la obscuridad.

Los otros, los ciegos de nacimiento, los castrados antes de la pubertad de la inteligencia, los que al comenzar á escribir se sintieron ya alquilones, los que de la misma manera defienden lo justo que lo injusto ¡oh! esos no merecen de toda persona honrada más que una mueca de insultante desprecio.

Ignoro si algún día la necesidad me llevará, como á aquéllos, á verter sobre el papel ideas que no sean las mías; tal vez esta virginidad que exhibo con tanto orgullo, entre otras cosas por lo mucho que me ha costado conservarla, la de mi pluma, tenga que venderla por precio vil, que vil sería aunque grande fuese; mas sospecho que no haría negocio el que me la comprase. Acostumbrado á esta hermosa independencia, en que acaso, y sin acaso, esté el secreto de mi estilo, y á no poner frenos á mi voluntad, me sería muy difícil amoldar la frase al pensamiento agudo, hallar la palabra propia para resumir el concepto, complacer al señor que me pague.

Y preferiría acabar en un rincón, desconocido como un imbecil, olvidado de todos, á ganarme el pan exponiendo ideas de otro, ya que he tenido la fortuna de conservar incólume hasta hoy esta independencia sin la cual todo escritor debe sentirse avergonzado de su labor.

JOSÉ NAKENS

EL CARLISMO

Vuélvese á hablar con insistencia de agitación carlista.

Es fácil que los rumores que corren acerca de los preparativos belicosos y de las intenciones de echarse al campo de los partidarios del fantoche de Venecia, sean falsos y se hayan echado á volar por el propio gobierno con intención de tener al país temerizado para que no se fije en cosas de bulto que afectan al régimen existente, y con el fin especial de que las redenciones á metálico del servicio militar en el actual

reemplazo sean muchas á causa del temor que en las familias ha de despertar la perspectiva de otra guerra.

Esto, de ser cierto, sería una añagaza indigna; pero tales cosas han hecho estos gobiernos de la restauración, en tantos apuros se encuentra el actual y á tan extremados recursos acude para sostenerse en el poder, que no tiene nada extraño que las gentes se echen á pensar de él los mayores horrores. En realidad y lógicamente pensando, no es un absurdo figurarse que quienes fueron cómplices de los que en aras del régimen á cuya sombra viven, no han tenido inconveniente en sacrificar las colonias, el prestigio del ejército y el decoro de la patria, vayan ahora á andarse en repulgos de empanada, si para levantar unos cuantos cientos de miles de pesetas que les hacen falta para ir tirando otro poco de tiempo, necesitan inventar ó simular unas cuantas partidas de carlistas para lo que no tienen más que echar mano por ahí de un centenar de foragidos y ganapanes.

Si las gentes son en esto mal pensadas no es culpa de ellas, sino de los gobiernos que no han dado nunca motivo para que de ellos pueda pensarse más piadosamente.

Ahora bien, si la cosa fuese realmente que los carlistas, animados y soliviantados por el elemento clerical que estos últimos días ha estado tan levantisco é intemperante, se sienten retozones y con ganas de echar las patas por alto, entonces los pueblos deben estar apercebidos, y en cuanto las primeras partidas facciosas asomen las orejas tras de las breñas de esos cerros, y las tropas se lancen en su persecución, los paisanos pueden prestar un gran servicio á la causa de la libertad dedicándose á requisar escrupulosamente sacristías, conventos, beaterios y guaridas de neos, en la seguridad de que, si mucho han de conseguir para sofocar la guerra carlista las fuerzas del ejército que salgan al campo, no menos conseguirán los paisanos que en los poblados se dediquen con celo, eficacia y buen tino á la tarea de interceptar armas, dinero y municiones y á poner á buen recaudo á los carlistas agazapados que, sin moverse de sus madrigueras urbanas, son el sostén y aliento de los exaltados que se van al monte.

La persecución y entorpecimiento de los planes del carlismo deben hacerse con preferencia y en primer término en las poblaciones. Las partidas de fanáticos exaltados que se echan al campo, no lo harían, arriesgándose á que las balas de los *mousers* de la guardia civil y del ejército les agujereen la piel, si no tuvieran la seguridad de que en las poblaciones quedan correligionarios de más fuste encargados de enviarles refuerzos y recursos de todas clases.

Diríjase la acción enérgica de los liberales en todos los pueblos y ciudades contra los carlistas que reclutan gente para la guerra, que reúnen fondos y preparan armamentos, y se verá cómo las partidas no salen, y de hacerlo se entregarán á los cuatro días, en cuanto sepan que las gentes de los pueblos han descubierto los escondrijos donde se guardan los pertrechos y han puesto verdes, ó como sea preciso para la tranquilidad del país, á los encargados de fomentar bajo cuerda la insurrección.

El carlismo ó el tradicionalismo, como antes se decía, no es ya ni una idea, ni un partido, ni nada; se reduce sólo á un *modus vivendi* de unos cuantos *lipendis* y mamarrachos de cierta categoría que aspiran á mandos y privanzas cortesanas pasadas de moda, á la obsesión de los obispos y clérigos reaccionarios que sienten la nostalgia de los tiempos inquisitoriales, topos á quienes hace daño la luz, murciélagos que sólo pueden volar torpemente entre las brumas vespertinas, parásitos que necesitan un cuerpo adormecido de quien poder chupar la sangre, y á la estupidez de los ignorantes que se prestan á servir de carne de cañón para las ambiciones ridículas de un aspirante á rey digno de una opereta bufa con libro de Boccaccio y música de Offenbach, y para los planes de los reaccionarios de aquí que desean retrotraer á España á los tiempos de Carlos II el Hechizado.

Si los elementos liberales y los pueblos en general están apercebidos y dispuestos á ahogar en sus comienzos y en su raíz toda intentona carlista, pueden librar á España de otra gran vergüenza y de que cualquier potencia extranjera venga á conquistarla como un pueblo salvaje, indigno de ocupar una parte del continente europeo.

JOSÉ CINTORA

La enseñanza clerical

Querido Pepe: Has llevado tu hijo á un colegio regido por jesuitas, inducido por la mogigatería que ha ganado la voluntad de tu esposa. Si no te aprecias, poco me importaría tu determinación: eres libre para educar á tu hijo como bien te parezca; pero el cariño que la amistad engendra, y el conocimiento que tengo de tu sencillez rayana en ignorancia, me inspiran la presente epístola, para que sepas lo que tu hijo será con el tiempo si persistes en que la clergalla meche su tierno entendimiento con fábulas groseras, cuentos inverosímiles y fórmulas extravagantes.

La bulliciosa expansión de la infancia, la alegría natural de los pequeños seres que abren sus almas á los sentimientos que inspira la contemplación de la Naturaleza en los albores de la vida, serán torturadas y sustituidas por tóricas miradas á cuanto existe como causa de pecado y condenación eterna. La vida para él será muerte; las leyes naturales, concepciones satánicas; la ciencia, vanidad; la dignidad, orgullo; el amor, pecado; la libertad, cosa nefanda; el mundo, un infierno; la mujer un demonio. Saldrá del colegio convertido en un hipérita pedantón con la cabeza llena de disparates y aberraciones, y ó se hará jesuita abandonándolo á ti, que por él te has sacrificado, á su madre y hermanas, á las que amor deo y no odio, ó será un majadero de levita, un truhan so-

lapado inútil para la sociedad, si no perjudicial por sus tendencias reaccionarias. De todos modos, será un vago de sotana ó levita.

Porque, desengáñate; los servidores de la Iglesia, frailes, curas ó jesuitas, no pueden dar lo que no tienen; no pueden enseñar lo que no saben; no pueden, si saben, conspirar contra sus intereses; no pueden ir contra la base fundamental de su edificio. Y su edificio es el error de las primitivas edades convertido en dogma por el convencionalismo teocrático. ¿Cómo han de dar á tu hijo ciencia, si la ciencia fué siempre perseguida por la Iglesia?

¿Qué ha hecho esa Iglesia por la ilustración de los países en que tantos siglos ha dominado? Alemania es sabia, porque se emancipó de la Iglesia romana; sabia y libre es Suiza, porque la mayoría de sus habitantes rompieron el yugo romano; sabia y poderosa es Inglaterra, por su separación de la romana Iglesia; poderosos y libres son los Estados Unidos, porque se fundaron bajo el libre examen; grande es Francia, porque mira más al engrandecimiento de su poder material que al engrandecimiento de una Iglesia que está moralmente muerta; el Brasil, decretando la libertad de cultos, será una nación rica y poderosa dentro de poco tiempo. Compara, Pepe, compara y observa lo que esas naciones han prosperado desde el siglo XVI en que estalló la revolución religiosa hasta la fecha.

En cambio, ¿qué ha hecho la Iglesia de España? ¿qué de Portugal? Italia camina, nos deja atrás porque tuvo un Mazzini, un Cavour, y un Garibaldi, pero qué ha sido de Italia hasta el año 71?

Allí la luz, aquí las tinieblas; allí la ciencia, la libertad, la justicia, elaborando nuevos horizontes por medio de la filosofía; aquí el despotismo, el embrutecimiento, la inmundicia y la hipocresía, corrompiendo la conciencia y preparando generaciones para la esclavitud.

¡Ciencia esa gente! ¡Ciencia los que quemaron á Jordano Bruno por enseñar la pluralidad de mundos! ¡Ciencia los que azotaron á Prínelli, los que martirizaron á Campanella, los que persiguieron á Harvey por demostrar la circulación de la sangre, los que atormentaron á Galileo, los que se burlaron de Colón, los que apedrearon al filósofo Telesio, los que anatematizaron á Pascal, los que ahorcaron, quemaron y descuartizaron á los sabios de todos los siglos para tener la poca vergüenza de aprovecharse hoy de los inventos que maldijeron!

Creéme, amigo Pepe, tu hijo no aprenderá en ese colegio clerical más que á ser un hipócrita miserable, ó un café fanático bebedor de sangre liberal. Retíralo, hijo, retíralo de la madriguera jesuita en que en mal hora lo has metido, y llévalo á un colegio laico dirigido por un hombre docto, honrado, verdadero padre de sus hijos, que le eduque y enseñe con arreglo á los modernos sistemas pedagógicos, ó dale un azadón y que sea útil á la sociedad como tú lo has sido con tu honrada vida de labrador.

Tu afectísimo amigo

IGNACIO RODRIGUEZ ALBARRATEGUI

CUENTO

Para milagro de Lourdes delos que á la gente asombran y hacen prorrumpir en cánticos de gratitud y de gloria, prepararon á un tunante, que fingió una pata coja mediante cuatro pesetas, que mientras duró la broma una eclesiástica junta satisfito presurosa. Llegó el día del milagro, día de solemne pompa en la gruta y la basílica cuya amplitud era poca para contener las gentes que de cien pueblos de Europa acudían á la Virgen, como blancas mariposas acuden al resplandor de la luz que las trastorna. La piscina que formaron las imperceptibles gotas que vió brotar Bernardita de la piedra milagrosa; la piscina do se curan las enfermedades todas con que un padre amorosísimo á la humanidad agobia; la que da luz á los ciegos, cierra las llagas hediondas, hace andar á los tullidos y á los écticos engorda, se miraba rodeada de una muchedumbre ansiosa de contemplar un milagro, cuando con su pata coja se presentó nuestro héroe en actitud tan devota, tan confiada en la Virgen y en su virtud prodigiosa, que cuantos allí se hallaban vieron llegada la hora de un estupendo prodigio que de Lourdes fuese gloria. Entró el cojo en la piscina, y apenas las turbias ondas tocaron la pierna enferma ya se estiro presurosa, y el hombre salió bailando entre aclamaciones locas de entusiasmo religioso y de piedad religiosa. Mas tanto y tanto bailó, que escurriéndose en las losas cayó y se rompió una pierna, pero de veras, no en broma. «¡A la piscina!» gritaba la muchedumbre devota, y el infeliz repetía presa de febril zozobra: «¡Al hospital cuanto antes, á que la pierna compongan! Para bromas la piscina, ¡pero éstas ya no son bromas!»

GU. BLAS DE SANTALLANA

Ciertos intermediarios

Hay entre el pueblo, el verdadero pueblo que trabaja cuando y como puede, y los que dedicamos á la política las horas que nos deja libres la ocupación á que demandamos el pan nuestro de cada día, una raza de inútiles que se llaman honrados porque no roban, é hijos del trabajo porque acaso algún día entablaron fugaces relaciones con él; gentes que hablan á los hombres de talla en nombre del pueblo, que se creen la piedra angular de la democracia, y que ejercen de intermediarios entre los de abajo y los de arriba, porque les sobra de osadía los que les falta de aprensión.

Y me río yo del orgullo de los antiguos nobles comparado con el suyo. Cuando dicen: «soy hijo del trabajo», «pertenezco al pueblo», ya cree que todos tienen el deber ineludible de recibirlos á toda hora, de soportar sus arengas ramplonas, de discutir sus planes descabellados, de ayudarles en sus proyectos de exhibición vanidosos. La democracia es para ellos una llave que debe abrirles todas las puertas; nadie puede tener ocupaciones, ni descansar, ni comer cuando ellos, en nombre del pueblo, se dignan honrar á cualquier republicano con su presencia.

Yo no niego que sean hijos del trabajo, pero sí afirmo que deben andar mal de relaciones con papá, ó que éste es para ellos tan complaciente y calzonazos, que les permite andar años y años por esas calles sin ocurrírseles visitarle de vez en cuando; pues los que realmente trabajamos, no tenemos tiempo de andar de comité en junta, de café en casino arreglando la cosa pública, hablando de servicios ignorados, alardeando de firmeza de convicciones, é inventando cuentos para que algún incauto crea que hemos perdido en la política posición y fortuna; y no se atreven á decir que también la vida, por el justo temor á tropezar con alguien que osara desmentirlos.

¡Ay, no se porta conmigo el trabajo de ese modo! Para mí no es un padre ni mucho menos; es un tirano feroz, implacable; no me deja respirar un segundo; me impulsa, me pincha, me muere; y cuando ya, cansado y sin fuerzas, caigo rendido, tiene la crueldad de proporcionarme un sueño reparador, para que al día siguiente le obedezca con más ahínco. Por esto, cada vez que oigo hablar de la jornada de ocho horas, exclamo con el poeta, entre alegre y entretendido:

... ¡Lástima grande que no sea verdad tanta belleza!

En efecto, ¡qué más quisiera yo sino que se dictasen castigos severos, el de pena de muerte inclusive, contra todo aquel que bajase más de ocho horas! Es probable que me diesen garrote algún día por contravenirla, contra mi voluntad, impulsado por la costumbre; pero hasta tanto ¡qué gangal!

Mas volviendo á esos señores intermediarios, diré que se creen siempre despreciados, porque son pobres; desatendidos, porque no adulan; en mala posición, porque no quieren transigir; y que hablan de ingratitudes de los prohombres, y de olvidos criminales, cuando sin ellos el partido no existiría. Porque en esto no admiten ni discusión. Ellos son los que sacan todos los diputados, y más aún, cuando los republicanos acuerdan luchar en los comicios; ellos los que se batieron en todos los puntos, aun en aquellos en que nadie se batía; en fin, ellos lo han hecho todo; pero todos se han portado mal con ellos, y el día que el pueblo triunfe, (á sus órdenes, por supuesto), ya tomarán venganza de las injusticias con ellos cometidas. Porque esta es otra de las ventajas que les proporciona el adjudicarse orgullosamente el dictado de hijos del pueblo, el poder en toda ocasión ejercer de víctimas, ya de la monarquía, ya de sus correligionarios.

Pero el cuartel más glorioso del escudo de sus hazañas, es aquel que atestigüa su consecuencia, consecuencia esteril á la que podrían faltar sin que ni el sereno de su calle se enterara, y que no puede ponerse en parangón con la de los que, valiendo para algo, ó para mucho, permanecen fieles á la idea después de haber perdido la esperanza en los hombres, y teniendo la seguridad de que en el campo contrario los recibirían con los brazos abiertos.

Varias veces, al oír á tales patriotas, he exclamado con acento despreciativo: «Si tuviera disponibles tantas plazas de cabo de consumo ó de la ronda secreta como individuos de esa calaña conozco, bien pronto les haría poner su cacareada consecuencia á los pies de la monarquía.»

A los de las dos velas

La Provincia de Logroño, después de copiar lo que dije en el número del 26 de Agosto, añade:

«Pues si supiera el colega madrileño que estos sus correligionarios (los concejales) propusieron la predicación de dos sermones en vez de uno que venían soportando los monárquicos en las fiestas de San Bernabé, que esos mismos dan una onecita para ciertos conventos de monjitas, y que últimamente acordaron comprar un terreno para ampliar la plazuela de la ermita del Santo Cristo del Humilladero para mayor comodidad de los devotos, entonces se convencería de que por aquí los republicanos son religiosos de cepa.»

Es decir, no son ni revolucionarios ni católicos, sino acomodaticios, que engañan por igual á católicos y revolucionarios.

rios. No son ni políticos que profesan un ideal ni creyentes que defienden una doctrina, sino exépticos que encienden las dos velas consabidas para tener propicios á San Miguel y á al diablo.

Grande y respetable es el que se engaña, si su engaño le lleva al sacrificio; pero es pequeño y despreciable el que, por no perjudicarse en sus intereses, se resigna á sacrificar sus convicciones.

Por esto nos vemos los republicanos como nos vemos; impotentes para la acción y despreciados hasta por nuestros enemigos.

Se ha discutido mucho si la forma poética está llamada á desaparecer: la que está llamada á desaparecer, sin dudar, es esa prosa ramplona, grosera y vil de los Sanchos políticos que, imitando al del *Quijote*, aparentan dejarse arrastrar por el que tiene siempre la vista fija en el ideal, pero á condición de que los lleve á las bodas de Camacho.

Y pensando yo así, comprenderá perfectamente *La Provincia* mi exclamación: «Me honra mucho el que ciertos republicanos no lean *El Motín*.»

¿Qué hay de común entre ellos y yo? Nada. Ni siquiera la palabra República, que para ellos significa *satisfacción de apetitos* y para mi *salvación de España*. Entendámonos; siempre que no caiga en manos de los vividores; pues si cayera, echaría sobre España lo que parece imposible que pueda caer ya: más ruinas, más vergüenzas...

Afortunadamente, aparecen á lo mejor unos caballeros en Castellón, Zaragoza, Vinaroz, Salamanca, Barcelona y otras poblaciones, que hacen mirar con desprecio á los carlistas con gorro frigio.

Y he dejado intencionadamente de citar á Valencia, para repetir una frase de Blasco Ibáñez en carta dirigida á mí: «Vamos desde esta Cova Longa á la reconquista de libertad.» Porque, en efecto, aquella es la Covadonga de estos tiempos. Y lo es, por el carácter anticlerical de los republicanos.

Adelante, pues, prescindiendo de los congéneres de esos concejales de Logroño, que subvencionan monjas, duplican sermones, compran terrenos para comodidad de devotos, mandan sus hijos á frailes que pueden *flaminárselos*, y jante el movimiento, y viva la República, y...

Haré lo posible, cuando el Código penal se reforme, porque se le adicione este artículo:

«Cadena perpetua para los que trapicheen con sus convicciones políticas.» Aun cuando no; ahora caigo en que sería imposible aplicar el artículo. Se necesitaría construir muchas cárceles y muy espaciales.

Tranquilícense, pues, esos concejales de Logroño y los que los imitan.

CONGESTIÓN Y TISIS

I

Sin Dios, sin patria y sin rey; sin dignidad ni derecho, pero abrigando en su pecho el instinto de su ley,

ayer habló la canalla, y formando negra tropa logró convertir á Europa en un campo de batalla.

Millares de hombres, sedientos de equidad, fieros se alzaron y á la libertad trocaron en diosa de los hambrientos.

Y agenos en el delirio á su condición bestial, le dió cuerpo al ideal la congestión del martirio.

II

Hoy, libre, pero explotado, con ley, pero sin justicia, ve el pueblo que se desquicia el derecho conquistado.

Y haciendo inútil su empeño ve que el ideal sumerge; no evita que se derrumbe ni audaz se alza contra el dueño;

y azotado sin piedad da su sangre gota á gota, sintiendo que se le agota la vida y la dignidad.

Y al fin verá en la ocasión en que roto el ideal ruende, que tísico hacer no puede lo que hizo en la congestión.

G. NÚÑEZ DE PRADO

Evidentemente los escritos contrarios al Papado han ido más allá de lo justo al pintarnos los vicios de los sucesores de San Pedro, de la misma manera que los católicos han exagerado sus virtudes.

Por lo tanto, la equidad aconseja buscar el término medio de las virtudes y los vicios de esos señores, y aun así habría motivos sobrados para echar á presidio á las dos terceras partes.

Hay que huir de toda clase de exageraciones.

LOS HORRORES DEL ABSOLUTISMO

Las Cortes suprimieron el 27 de Septiembre toda especie de vinculaciones, volviendo a la circulación y al comercio un número prodigioso de bienes amortizables, y en 1.º de Octubre, todas las comunidades de las órdenes monacales y las de canónigos regulares de San Benito y de San Agustín, los conventos y colegios de las Ordenes militares de Santiago, Alcántara, Calatrava y Montesa, los de San Juan de Jerusalén y todos los demás de hospitalarios de toda clase. En este decreto se prohibía además faltar a las religiosas, dar hábitos y profesar novicias; se declaraban sujetos a los Ordinarios los conventos que quedaban subsistentes; se protegía la secularización, dándose cien ducados de congrua a todo religioso que se secularizara mientras no tuviera otro beneficio o renta eclesiástica, se obligaba a toda comunidad de religiosos o religiosas que no contase con más de veinticuatro individuos, a reunirse con la del convento más inmediato de la misma orden, y se aplicaban al crédito público los bienes muebles e inmuebles de los monasterios que se suprimían. Por otro decreto que hablan sujetos a la jurisdicción ordinaria todos los eclesiásticos que cometiesen algún delito castigado por las leyes del reino con pena corporis o fustigativa.

Estas medidas y otras tan justas pusieron rabioso al clero e inquietaron a Roma, que mandó constituir bajo el patrocinio y con el concurso de los jesuitas la *Junta Apostólica*, al objeto de rescatar la omnipotencia de la Iglesia. A poco, y con el carácter de dependiente de esa Junta, se constituyó la *del Angel Exterminador*, a imagen del masonismo: de ésta hablaré más adelante. Fundóse después otras con fines más concretos, entre ellas *La Concepción* y *La defensora de la Fe*, (esta en 1825).

Los Concepcionistas, que se proponían restablecer el tribunal de la Inquisición, pusieron desde luego los ojos en don Carlos. La defensora de la Fe resultó constituida por los obispos que formaron las Juntas de la Fe. Los jesuitas dirigían la *Junta Apostólica* de Roma, mas no formaban parte de estas asociaciones españolas. Los documentos del *Angel Exterminador* circulan escritos por el secretario *Fray Puñal*, novicio de guerra, como con el del *Padre Vaca* se disfrazaba el fraile Acevedo, autor de proclamas e himnos absolutistas.

Los guerrilleros de la Independencia, que si prestaban servicios hicieron con sus excesos gran daño a España, y que tan a gusto vivieron recordando sus pasados días de libertad, y empujados, ya por los nobles, ya por los palacios, ya por el clero, consideraron llegado el momento de volver a las andadas; y las provincias de Valencia, Cataluña, Alava, Burgos, Galicia, Toledo y Córdoba, se vieron una tras otra infestadas de partidas realistas, mejor dicho, de bandas de merodeadores y ladrones, encontrando todas protección, por las simpatías o por el miedo que inspiraban.

El gobierno tuvo que tomar medidas contra ellas, y en su consecuencia fué aprehendida en Galicia la famosa *Junta Apostólica* (Enero 1821), a cuya cabeza estaba un aventurero que se denominaba barón de San Janni.

Otras clases de la sociedad tomaban las armas y formaban partidas de rebeldes, como aconteció en varios puntos de la provincia de Toledo, Asturias, Alava y Burgos; en resumen, que por todas partes se hacía guerra sin tregua, desahogada e hipocrita, según los casos, a las ideas liberales.

La Regencia de Urgel, que se constituyó por su propia autoridad, alegando responder a las súpticas de los pueblos y con el pretexto de que el rey se hallaba en rigoroso cautiverio, fué el primer acto de resistencia oficial, digámoslo así, por parte del absolutismo, velado hipocritamente con el interés de la patria y de la religión.

Reconocieron inmediatamente la Regencia el general Eguía, Morejón, el comisionado del rey en París, el arzobispo de Valencia, los obispos de Urgel, Tarazona y Pamplona, las juntas tituladas apostólicas de Galicia y superior de Aragón, Cataluña y Navarra, los generales realistas, y finalmente cuantos andaban envueltos en aquella máquina fatal, arrastrados por la ambición, el fanatismo o la venganza.

Los realistas promovían colisiones en todas partes, en Cartagena, en Barcelona, en Pamplona, en Madrid. Los soldados hicieron en Valencia fuegos sobre la indefensa muchedumbre reunida para presenciar una retreta.

Navarra estaba azotada por los realistas; el general Quesada, el Brigadier Albuin, don Santos Ladrón, Juanito Uranga, y otros cabecillas dominaban la frontera, corriéndose a veces a Aragón y la Rioja. En Pamplona produjeron sangrienta refriega el 19 de Marzo resultando más de 20 muertos y 50 heridos, por gritar la chusma servil ¡viva el rey absoluto! mientras los soldados victoriosos iban al rey.

En Cataluña Misas recorría el Ampurdán, Montaner dominaba en Berpá, el *Trapense* en las comarcas del Monblanch, Romagosa en el Panadés, Montgat en Mora de Ebro, y en diferentes comarcas, Mosen Antón, Mosen Ramón, *Jep dels Estanyes*, Romanillo, Ballester, Targarona, Caragol, Cornier, Montó, Malavilla y treinta más, el conde de Calderón entre ellos.

Misas y el *Trapense* daban carácter a aquellas partidas. Misas, postillón en su juventud, luego afrancesado, concluyó en bandido, y desde Francia, a donde llegó fugado de la cárcel, reapareció en Cataluña de capitán del ejército de la religión y del rey. El *Trapense* (Antonio Marañón) arruinado y desacreditado en su juventud por su afición al juego, profesó en la Trapa, y causado de aquella vida oscura lanzó al campo, sosteniendo entre los suyos su prestigio dándose aires de ascético y virtuoso, bendiciendo con ridícula gravedad a las gentes, que se arrodillaban a su paso y tocaban y besaban su ropaje, y fingiendo revelaciones para fanatizar y entusiasmar a la muchedumbre: montaba con el hábito arremangado, que suponía embolar las balas enemigas haciéndole invulnerable, y llevaba en su pecho un crucifijo, sable y pistolas. Era un bribón, vicioso como hay pocos, e hipocrita cual ninguno.

En Murcia campaba por su respeto Jaime el Barbudo, y en la Mancha y varios puntos de Castilla mandaban las cuadrillas bandidos realistas, o realistas bandidos. En Aragón, Capayé, Ramba, Chambló y otros facciosos. En León, Cerevillas, y en la serranía de Ronda, Zaldivar.

Alentado por este movimiento antiliberal, Fernando iba quitándose poco a poco la máscara. En Aranjuez el 30 de Mayo se dieron vivas al rey absoluto, con gran contentamiento del que lo había sido y aspiraba a volver a serlo. El mismo día los artilleros lo aclamaron también como absoluto en Valencia, teniendo la tropa y la milicia que tomar a viva fuerza la ciudadela.

En Cervera se proclamó el absolutismo, nombrando una junta de doce individuos, que nombró

comandante de las fuerzas serviles a don Pablo Miralles, dominando en todo el Priorato. En Junio se sublevaron en Castro del Río (Córdoba) los carabineros reales, y el batallón provincial de aquella capital se les une después de haber dado muerte al capitán de la milicia nacional, que se hallaba de guardia a la puerta y que intentó impedirles la salida. El regimiento de la Constitución, aunque inferior en número, los hace retroceder, destruyéndolos después las fuerzas de línea y los milicianos nacionales.

(Continuará.)

El moujik, en Rusia, cree firmemente que nada sucede sin el consentimiento y la voluntad de los santos «que bajan del cielo en una época fija para ver lo que pasa en la tierra, recompensar a los buenos y castigar a los malos».

Tal santo cura la rabia y otro descubre a los ladrones; también hay un santo que ayuda a las gallinas a poner y a las aldeanas a vender los huevos. Un santo especial, como nuestro San Antonio, es el amigo y bienhechor de los eardos.

Las santas también están muy ocupadas. Las hay que plantan y cultivan las coles ó que protegen los pájaros y los patos; una da novios a las jóvenes y otra muchachas a los solteros.

En las grandes poblaciones el clero lleva en carruaje de gala la imagen milagrosa de la Virgen a la cabecera de los enfermos, de donde saca muy pingües rentas.

Un bandido mata y roba a un viajero, pero se guardará bien de tocar a la vianda que halle en su coche, si es día de vigilia.

El que medita un «golpe» va primeramente a la iglesia para colocarse bajo la protección de un santo.

Un ladrón que se dispone a cometer un sacrilegio forzando la puerta de un santuario, promete un cirio a su santo patrón, si le ayuda en tan noble empresa.

Tienen, en suma, las mismas prácticas supersticiosas que hay en España.

Y es que decir religión, es decir superstición y fanatismo.

Suegras de la caridad

La peste bubónica es enfermedad inofensiva, comparada con la monja que sufren los niños albergados en la casa provincial de Caridad en Barcelona. Se ceba tanto en sus víctimas, que algún niño ha pasado un mes en la enfermería no pudiendo el médico precisar la enfermedad que sufre, y limitándose a declarar que la pobre criatura estaba un poco delicada. La mayor parte de estas proezas realizadas dos Hermanas: Sor Concepción y Sor Amalia.

En comprobación de estos horrores, don Enrique Bargués ha dirigido a *El Diluvio* una carta, a la que pertenecen estos párrafos:

«A la menor falta cometida por uno de sus pequeños discípulos, lo cogen con ambas manos por las mejillas, apretando horrorosamente el dedo pulgar por debajo de las mandíbulas, y así cogido, lo sacuden furiosamente contra la pared. Ha habido veces que al soltarle, el niño, entontecido, se ha caído al suelo, donde aún ha recibido algunos puntapiés, quedando después allí hasta que sus compañeros lo han levantado desfilado».

Y cuidado con que digan nada a su familia! Recuerdo que un domingo, al ir a ver, como de costumbre, al niño pariente mío, noté que tenía un chichón en la cabeza, y al preguntarle quién se lo había hecho, me contestó confusamente: pero tanto insistí, que al fin ceguéndome de la mano me plantó enfrente de una sor y dijo: esta me lo ha hecho; a lo que contestó la hermana, sonriendo con una sonrisa preñada de odio: «¿yo?»

Luego supe que al niño le habían dado una sobana paliza. Esto me inclina a no citar aquí su nombre. Ya adivinará usted las razones.»

Y a pesar de estos repetidos ejemplos, continúan algunos escritores cursis ó sinvergüenzas idealizando a esos atropellados de Hermanitas.

Como estuviera en mi mano, pontallos a todos bajo su férula durante un mes, para oír luego lo que decían.

¡Desgraciados los niños, los ancianos y los enfermos que caen bajo las garras de esas confusas y suegras, que no hermanas, de la Caridad!

Cosas Literarias y Artísticas

EN EL MONTE

«Páca y óyeme, ¡oh conejo que vas por los matorrales incantamente gozando de tu libertad salvaje! No en mi presencia te asustes, no de mis voces te espantes y escucha de quien te quiero, los consejos saludables. Ten cuidado cuando corras, abre el ojo cuando marches, que es probable que te acocen y es posible que te cacen. Mira que el conejo es cosa nutritiva y saludable y hay quien calores y lluvias aguanten por atraparte. Y si por el bosque luces vivezas, garbo y donaire, el hombre, que es egoísta con los demás animales, prefiere ver tus pedazos en la cazuela humeante con ruín acompañamiento de patatas y tomates. Tú habrás creído que Jove vertió el arroyo en su cauce por que en su espejo te mires

y con sus aguas te laves, para que engordes, la hierba, para que vivas, el aire, para que duermas tranquilo, fresco y mullido follaje, praderas para que juegues, peñascos para que saltes y conejas distinguidas para que loco las ames. Pues has de saber, conejo inocente é ignorante, que el hombre, que es de los seres el más listo y el más grande, ha descubierto que todo cuanto te ayuda y complace no creó Naturaleza por el gusto de agradarte, sino para hacer sabrosa y delicada tu carne, para que el con ella luego se regodee y solace. Por eso inventó los lazos en que tus parientes caen, las redes en que se atascan al salir de sus hogares; y un aparato terrible que envía bolas mortales que agujerean las pieles y los pulmones deshacen. Anda, pues, con pies de plomo, ya que por el monte sales; no hagas caso de los perros aunque te inciten y ladren; y si notas que te apuntan, échala a correr al instante, ó caerás asesinado por un traidor miserable, ¡que además se dará tono por la gracia de matarte!»

Esto decía a un gazapo un protector de animales que no llevaba escopeta y le veía escaparse, pensando pidiéndose mientras soltaba el romance: «¡Ya que yo no te echo mano, que no te echo mano nadie!»

SINESIO DELGADO

En Turquía siguen desorejando y desnarrando cristianos, en nombre de Dios, por supuesto, como nosotros los cristianos quemábamos antes a todo bicho viviente que se lavaba y exterminábamos a millares a los judíos que no comían tocino, y hoy negamos la sal y el agua a todo el que no practica, importándonos un comino que crea ó no.

La idea religiosa ha empedrado de huesos el planeta y empapado en sangre la tierra; no hay otra más eficaz para el exterminio del hombre, ya se manifieste en nombre de Buda, ya de Cristo, ya de Mahoma. Todo el que no comulga con la misma rueda de molino, que perezca esta es máxima común a todas las religiones.

Por esta razón ¡Dios me libre de profesar ninguna!

En Turquía siguen desorejando y desnarrando cristianos, en nombre de Dios, por supuesto, como nosotros los cristianos quemábamos antes a todo bicho viviente que se lavaba y exterminábamos a millares a los judíos que no comían tocino, y hoy negamos la sal y el agua a todo el que no practica, importándonos un comino que crea ó no.

La idea religiosa ha empedrado de huesos el planeta y empapado en sangre la tierra; no hay otra más eficaz para el exterminio del hombre, ya se manifieste en nombre de Buda, ya de Cristo, ya de Mahoma. Todo el que no comulga con la misma rueda de molino, que perezca esta es máxima común a todas las religiones.

Por esta razón ¡Dios me libre de profesar ninguna!

Cartas de monja

III

Sr. D. José Nakens. Mi estimado amigo, en el Corazón Melitino: Ha llegado ya la hora de que yo le embista a usted. Si, mi señor don José, de que yo le embista con la pretensión de que haga lo que ha de hacerle mucha vergüenza, pero le ha de salvar. Usted tiene ya que decidirse a darse un jabón, echar su alma en colada, retorcerla bien para que suelte la roña y tenderla blanca y hermosa en el dorado tendadero del conculgatorio.

Ya, de seguro, ha entendido que lo que pretendo es que se confiese. ¡Confesarse! ¡Qué horror! ¿Para qué sirve eso? Tales voces se levantarán en su alma. Pero hágala callar, que las inspira el demonio. Este pone mil dificultades cuando se trata de que los pecadores se confiesen.

Le diré a usted que los curas generalmente hacen muy mal y causan repulsión a los que a ellos se acercan. No haga usted caso, pues llega uno a acostumbrarse de tal manera a ese olor agrio, que luego siente que no haya frascos, como los hay de opopónx, de extracto de confesor sin ventilar. Y añadirá que los presbíteros suelen tener el mismo chirumen que las mulas del tranvía, pues el demonio a todo se atreve.

Contéstele usted que no son tan brutos, y además, usted en el confesionario lo que necesita es consejo sencillo, rústico y piadoso.

Llegará el Señor nos tenga de su mano! a presentar a usted el estetismo tan general hoy en la clase presbiteral y que puede constituir un peligro para su pudor y buenas costumbres. Yo le aseguro por mi toca y mis sandalias que todo se quedará en inocentes caricias, y el más atrevido no llegará a más que peinarle suavemente la barba ó hacerle inocentes cosquillas en el cuello.

Acérquese usted, pues, señor don José, acérquese sin temor al confesor. Echese en sus brazos, una su mejilla con la suya sagrada, confúndase los dos alientos, y ya tendrá usted andado la mitad del camino para llegar a la perfección.

¡Que Sacramento tan grande! Figúrese usted que con unos latigazos y una bendición, el mayor criminal del mundo se queda convertido en un ángel puro y lleno de luz.

Dios le está mirando a usted, y le mira con cara furiosa y amenazadora mientras usted está pecando. Y ve que usted roba, y se calla; y que despoee de lo suyo al desvalído, y no dice esta boca es mía pero sigue muy serio; y ve que usted mata media docena de personas, y serio que serio. ¡Qué furioso se pone! Pero, en esto, usted una mañana dice: «vaya, esto se ha acabado; no quiero que siga con la cara ferocemente mi padre celestial», y va usted y se confiesa, é inmediatamente Dios enseña los blanquitos dientes riéndose como un bandido y ya le adora a usted y está dispuesto a meterle en el cielo.

¿Puede darse nada más hermoso? Eso sí, hay que tener mucha cuidado de confesarse bien, pues en el modo con que se hace está el toque.

Debe usted ante todo ajustar muy bien la cuenta de todos los pecados cometidos. Todos absolutamente, porque uno que se calle ya se fastidía toda la confesión.

Usted, de quien me consta que es persona decente y ni aun entre amigos de confianza gusta de contar ciertas cosas íntimas, sentirá cierta repugnancia a contar a un cura sus secretitos, sus acciones vergonzosas, ¡perdóneme que le hable con esta libertad, hija de mi afecto a usted y deseo de salvar su alma!, pero ha de pensar que las religiosas más perfectas manifestamos al confesor todas nuestras miserias mujeres.

Después de todo la confesión no es más que meter un cura a pasear por la conciencia de usted. Pero un cura, como si digéramos, y perdona la monja comparación, armado de una escoba mística. ¿Que no encuentra nada que barrer? La cosa se reduce a un paseo. ¿Que encuentra? Pues da dos escobazos y deja el alma que se pueden comer sopas en ella.

No es verdad, señor don José, que todo esto tiene mucha grandeza y habla muy alto en favor de la dignidad humana tal como la entiende el catolicismo?

Acaso diga usted que, como el cura al fin y al cabo es animal, aunque racional, bien podrá suceder que en su paseo por almas puras y limpias sea él el que las ensucie; pero ya comprenderá usted que la Gracia de Dios obra en esto muy eficazmente.

¿Que mete miedo someter el alma de esposa ó de hijas a la experiencia? Si que es para pensado. Mas aquí no se trata de más alma que la de usted, y no se me enfade si le digo que tiene mucho que barrer.

A confesarse, pues, y a confesarse pronto y bien, siquiera para dar gusto a esta pobre Abadesa que ha tomado sobre sí la tarea de convertir al director de Et. Morin.

Mientras tanto, mande lo que guste a su afectísima servidora en Pedro Nolasco

Sor Serafines del Sagrado Silencio

(Abadesa)

Por la copia, GIL BLAS DE SANTALLANA

Frailes contra curas

En Estella se han colado unos frailecitos capuchinos. Y dice un beato sin vergüenza a un periódico de Pamplona:

«Los Padres Capuchinos vienen a vivir entre nosotros, quizá a enseñarnos con su ejemplo la humildad de la Orden Franciscana, la verdadera humildad».

En esa pequeña residencia tendrá la merindad de Estella cinco Padres, cinco santos a quienes descubrir el alma dolorida cuando hayamos de acusarnos de nuestras faltas, y desde esa pequeña iglesia que pudéramos comparar a la porción de San Francisco, elevarán sus oraciones por los vivos y difuntos esos santos religiosos.»

Todo lo cual viene a decir, en sustancia, que los curas no sirven para nada, ni inspiran confianza a los fieles para confesarse con ellos.

Y ellos, los curas, tan humildes, tan calladitos, sufriendo resignados esas injurias, soportando esas humillaciones, pasando las de Oafn, porque los frailes les quitan el pan, y además la fama, y además la honra...

¡Qué falta de dignidad y de valor, ó qué sobra de abyección y servilismo! La bazofia diaria, ganada a tanta costa, debe ser amarga. ¡Por qué no se conciertan los desheredados del clero, y ayudan a los que trabajamos por barrer toda esa inmundicia de España? Nadie tan interesado como él en que esto sea.

Mas no lo hará. Es tan ignorante en su mayoría, que no ve el peligro para él donde realmente está, y se pasa el tiempo predicando contra el liberalismo, la masonería y la prensa.

Así lo tratan los obispos y así se ve. Sin comer, perseguido y despreciado.

Mude pronto de conducta, ó los frailes acabarán del todo con él.

Como la Biblia se ha traducido a muchos idiomas, y en algunos no hay términos equivalentes a los empleados en ella, resultan a lo mejor cosas graciosísimas. Ejemplo.

La palabra *bautismo* tiene que ser sustituida por la de *inmersión*, y *San Juan Bautista* se transforma frecuentemente en *San Juan el Sumergido*.

Las imágenes que no se corresponden ocasionan también muchas veces dificultades extraordinarias. ¿Cómo decir, por ejemplo, que «el alma de los pecadores puede quedar tan blanca como la lana» en un país donde todos los carneros son negros?

Una de las versiones más curiosas de la Biblia es la hecha en lengua esquimal. Como los esquimales no han visto nunca carneros, al *Cordero Pascual* se le llama en los libros sagrados la *Pequeña foca*.

Me divierten mucho estas cosas; lo de la *pequeña foca*, sobre todo, es delicioso.

A la juventud

PÁRRAFOS DE UN DISCURSO

«...¡Felices los jóvenes, porque ante ellos se presenta la vida! De las dos partes en que se divide el programa de la vida escolar, yo no he conocido más que una. Mientras los demás se entregaban a las diversiones propias de la edad, yo pasaba el tiempo dedicado a un febril trabajo interior. Quizá hice mal, porque en mi edad madura no he sido, como tantos, un conservador rígido ó un moralista austero, ni he sabido defenderme de ciertas indulgencias que los puritanos han calificado de flojedad moral. Tal vez hubiera hecho mejor durante mis días juveniles en divertirme y cantar a mi manera el *Gaudemus igitur* de los estudiantes de la Edad Media,

»Lo positivo es que una actividad no impide las funciones de la otra. El placer y el trabajo son dos cosas sanas que se atraen recíprocamente. «Si; trabajad, trabajad sin descanso, pero regocijados y divertidos sin fatigaros nunca. Lo que fatiga es la continencia ó el esfuerzo penoso. Dejád que se os aparezcan las ideas con su vestidura natural, con la palabra: no las llaméis, no las violentéis. A este propósito, bueno será que os diga cuál es mi receta. Descansad de un trabajo tomando otro distinto: procurad para el estudio objetos diversos...»

»No pongáis límites a vuestra curiosidad; aspirad a saberlo todo, que los límites vendrán por sí mismos. En esto os tengo realmente envidia. En la humanidad los últimos son los privilegiados. ¿Cuántas cosas sabréis vosotros que nosotros no sabremos nunca! ¿Cuántos problemas, cuya solución consumiría años enteros de mi vida, serían para vosotros claros y sencillos! ¿Saldrán las sociedades modernas de las crisis en que se agitan? ¿Tendrán solución las cuestiones sociales? ¿Qué será el mundo en 1920 ó en 1930? Y en el orden puramente científico, ¿cuáles serán vuestras ideas sobre la raza, el embrión, la especie, el individuo, la vida, la conciencia?... En historia ¿cuántas admirables descubrimientos seréis testigos si las hermosas investigaciones de ahora continúan! Dentro de cincuenta años la literatura babilónica contará veintenas de volúmenes, y las gentes los leerán. Ahora nos contentamos con dos inscripciones hebraicas antiguas, que son para el pobre historiador como faros luminosos en esta oscura antigüedad. ¿Quizá lleguéis a un tiempo en que se cuenten por docenas. Esa es una dicha de la cual podéis estar seguros. ¿Cuánto os envidio! ¡Si pudiera resucitar al cabo de cincuenta años!...»

»Sad hombres honrados. No podréis trabajar sin esa equidad, y creo que es imposible trabajar bien y divertirse bien si falta la honradez. El buen humor supone buena vida. Hay personas muy delicadas; claro está que no me refiero a ellas. Pero me inspiráis tanta confianza, que os voy a decir todo lo que pienso.

»No profundéis jamás el amor, porque el amor es lo más sagrado que existe en el mundo: de él depende la vida de la humanidad, es decir, la más alta realidad de todo cuanto está animado por la existencia. Considerad como una felonía el engañar a la mujer que os ha mostrado por un momento el paraíso del ideal, y tened por el mayor de los crímenes el exponeros a las maldiciones del ser que os daba la vida y que quizá por vuestra culpa se ve arrastrado al mal.

»No me pidáis consejos para ser hábiles, no sirvo para el caso; pero si queréis que os indique los medios para permanecer en paz con vosotros mismos, puedo hacerlo: estad de acuerdo siempre con la patria: no exijáis jamás ningún mandato, pero no lo rehuséis: no busquéis responsabilidad, pero no las declinéis si se os imponen. Así viviréis tranquilos con aquella tranquilidad que se siente cuando se cumple con el deber, y así podréis decir interiormente: *Dixi, salvati animam meam*. Homos de poner cuanto somos al servicio y a disposición de la patria, pero sin salir de nosotros mismos ni de nuestro carácter para aceptar sus mandatos. No creamos nunca que somos necesarios a la patria: bastará que le seamos útiles cuando reclame nuestro concurso.

Los tiempos en que vivís no son peores que otros que ya pasaron. La tierra que pisamos tiene algunas veces bajo nuestras plantas; mas con estos extremos que nos basan el Vesubio es uno de los parajes más hermosos del Universo. Haced provisión de un buen caudal de buen humor para afrontar la vida. Aparte de esos días terribles en que sufre la patria, dejad un espacio a la sonrisa y la hipótesis acerca de las cuales el mundo no es cosa demasiado seria. Pero, de cualquier modo, tal como es, es hermoso. Regocijéis de vivir como nosotros nos regocijamos de haber vivido. El antiguo buen humor francés es, entre todas, acaso la más profunda de las filosofías. No os corrigáis radicalmente de eso que se ha dado en llamar los defectos del pueblo francés, porque estos defectos llegarán en su día a ser excelentes cualidades.

Perdonadme si he dado tan largas dimensiones a este sermón laico: cuando se envuélve se adquiere la propensión a dar consejos. Cuando nos sustituyáis en la escena de la vida, sed indulgentes con la generación que os ha precedido, porque amó mucho la justicia y la verdad. Sin duda alguna haréis cosas mejores, pero acordados de aquellos que os prepararon el camino en tiempos, por cierto, muy difíciles. Y al concluir, ruego a los que me vean por última vez, que conserven de mí, cuando haya dejado de pertenecer a este mundo, un recuerdo afectuoso.

ERNESTO RENAN

Los orangutanes viven formando sociedades más ó menos numerosas; los padres cuidan de la defensa de su prole, y las madres educan a sus hijos enseñándoles a robar desde jóvenes.

No quiero ni pensar en lo que ocurriría con la raza humana en España, si los niños fuesen educados por sus madres para robar, sobre todo los que salieren con vocación de conejales.

Si únicamente con lo que después van aprendiendo llegan a artistas consumados en el arte del robo, ¿qué no ocurriría si los educasen exprofeso! Sacarían a Oristo los calcetines sin quitarle las botas.

Congratulémonos de que las madres españolas no imiten a las mamás de los orangutanes.

Niños y Mujeres

LA LAVANDERA

Entre los pensionistas del número 32 había una lavandera, mujer de treinta años, rubia, tranquila, de aspecto decente y cara enfermiza.

En el tiempo que llevaba allí no había dado pretexto para él más ligero renache; pero en los últimos tiempos la habían tomado entre ojos porque tosía y no dejaba dormir a los vecinos. Quien más se quejaba y renegaba de la obra era una vieja octogenaria, medio loca, pensionista habitual del conventillo. «¡Es imposible dormir con semejante cabra burlando toda la noche!...»

La enferma callaba, por estar retrasada en el pago del alquiler y tomar que lo notasen mucho. Era imposible satisfacer al propietario, porque sus fuerzas disminuían diariamente, sin permitirle un trabajo regular. Durante la última semana no había podido ir al lavadero, quedándose en su cuarto con aquella tos que disgustaba a todos, principalmente a la vieja. Por último, cuatro días antes el propietario había rechazado esperar más, le debía 60 kopecks y no le pagaba; por otra parte, todos los departamentos estaban alquilados y los vecinos se quejaban de la inaceptable tos.

ENSUENO

Cuando la patrona hubo notificado a su deudora que desalojara el aposento, la vieja manifestó ridículamente su alegría y echó de allí a la lavandera. La pobre mujer se fué, pero volvió al cabo de una hora y la patrona no tuvo valor para echarla de nuevo.

Dos días transcurrieron así. «¿Adónde irá, se decía ella.» Al tercero, el querido de la patrona, hombre entendido que conocía los reglamentos y el modo de proceder, llamó a un guardia municipal; éste fué al conventillo Rianoff, hizo un pequeño discurso apropiado a las circunstancias y puso a la lavandera en la calle.

Era en Marzo, un día de claro sol y de bella escarcha; corrían arroyuelos por las calles y los dormidos quebraban el hielo; los trineos de algunos saltaban sobre la nieve endurecida y rechinaban tropezando en las piedras.

La lavandera subió calle arriba por la acera del sol, fué hasta la iglesia y se sentó en el pretil, siempre del lado del sol. Pero cuando éste comenzó a declinar detrás de las casas, cuando la helada volvió a empujar los cristales y endurecer los charcos con sus ligeras agujas de vidrio, la mujer tuvo frío y se sintió mal. Se levantó, se arrastró...

«¿Hacia dónde? Hacia la única casa que la había abrigado tanto tiempo. Llegó, desalentada, al venir la noche. Al franquear la puerta resbaló y cayó, lanzando un débil grito.

Pasó un hombre, y otro, y otro. «Es una borracha», pensaban. Pasó el cuarto, que tropezó con la lavandera y llamó al gerente.

—Se halla atravesada en la puerta una borracha; he tropezado con ella y poco me rompo una pierna. ¿Por qué no la levanta?

El gerente vino. Era la lavandera muerta.

LEÓN TOLSTOI

Problema.

Si la Iglesia católica sólo concede perdón a los ladrones que devuelven lo robado, ¿cuántos restauradores irán al cielo?

Y si todos los restauradores se pusieran en condiciones de ir al cielo devolviendo lo robado, ¿no podría España salir de apuros recogiendo la deuda exterior y gran parte de la interior?

Aquí de los que saben de números y pueden calcular aproximadamente todo lo que se ha robado de 25 años acá.

En la yema

Párrafos de un artículo de un cura que escribe en *El Urbión*, revista católica:

«Escucho incesante clamoreo de abajo los clérigos! ¡muera los frailes! ¡abajo los jesuitas! Muchos de nosotros se consuelan creyendo que ese es el grito del mundo enemigo de Cristo, y por tanto que seguimos al divino Maestro.

«Será verdad que somos tan dichosos? ¡Ah, no! por desgracia no es verdad, sino fementida ilusión de nuestra vanidad y soberbia.

Hermanos míos en Cristo, regulares y seglares; el que quiera oír que oiga; pero yo os digo que no es el mundo el que nos persigue, sino otro. Hoy no se grita: «¡cristianos a las fieras!» sino otra cosa. Fijas bien, hermanos míos, en la diferencia de esos gritos.

A Jesucristo le persiguieron los grandes, a nosotros nos persiguen los pequeños; a Él le persiguieron los Reyes, los Jaces, los ricos y los rabinos en nombre de la injusticia; a nosotros nos persigue el pueblo en nombre de la justicia...

A Jesucristo le persigieron porque no le conocen; a nosotros nos persiguen porque nos conocen demasiado; todos los que defendían a Cristo, están contra nosotros; todos los que estuvieron contra Él nos defienden y patrocinan.

No nos hagamos ilusiones; nos persiguen los hipócritas por ser cristianos, ó nos persiguen los cristianos por ser hipócritas...

Consuela esto de ver que los golpes más rudos que el clericalismo recibe de dos años a esta parte, se los asestán los curas.

Tiempo era ya de que los parias de la Iglesia alzaran su voz contra las injusticias y tiranías de que son víctimas los desheredados del clero.

Duro y a la cabeza.

¿Cuál es el principal secreto de las donaciones que se hacen a la Iglesia?

En la mayoría de los casos, el temor al infierno que les entra a todos los ladrones y a todas las prostitutas cuando éstas no pueden ya explotar sus encantos ni aquellos disfrutar del fruto de sus rapiñas.

El miedo a la justicia

«Ocurre una cosa bastante curiosa, pero absolutamente cierta: los que administran justicia ó sus auxiliares, son ciertamente los que le tienen más miedo.

Se dice que los augures no podían mirarse sin reírse. Cuando dos augures de la justicia ó de la policía se miran en el despacho de un juez de instrucción, hay siempre uno de ellos que pone la cara larga.

«Es que la práctica de las cosas judiciales les enseña que no siempre basta ser inocente para ser absuelto? ¿Es que el abuso que han visto hacer, ó que ellos mismos han hecho de la autoridad, arrastrados por la fuerza de las circunstancias, les hace temer que este abuso se vuelva contra ellos?»

Estos párrafos de las memorias de Gorón, célebre jefe de Policía en París, encierran tal fondo de verdad, dan tan perfecta idea de cómo cumplen su alta misión algunos de los encargados de administrar justicia, que se justifica el miedo que a los hombres honrados inspiran.

Y si esto se dice con relación a Francia, donde suele ir algún ministro á presidio ¿qué no se podría decir aquí, donde los poderosos resultan siempre impecables?

Lo mejor, por supuesto, es no tener que entenderse para nada con los encargados de administrar justicia; pero en el caso de ser imposible evitarlo, no hay que confiar mucho en la propia inocencia, dado que los encargados de aplicar la ley, no creen la suya suficiente garantía para salir absueltos.

Lo cual es un dato elocuentísimo.

Las mujeres más perdidas tienen momentos de detención en su existencia viciosa, en que el sol penetra en su alma helada ó imploran con los ojos dirigidos al cielo el amor que perdona y redime. Pero Julieta no tenía nunca estos momentos redentores.

El loco amor por esta mujer me alestaba los miembros, me aniquilaba física y moralmente, y en mi espíritu extraviado la consideré como la personificación de la prostitución misma, como el ídolo impuro eternamente manchado hacia el cual se precipitan muchedumbres sin aliento a través de las noches trágicas alumbradas por antorchas fantásticas.

Los sombríos bosques parecían huir ante mi vista, y contemplé una fila interminable de coches donde mostraban sus carnes provocativas mujeres tendidas indolentemente sobre los cojines. Todas se parecían, y reconocí en cada una de ellas a Julieta.

Más lúgubre que nunca me pareció el desfile. Al mirar aquellas cabelleras de sol sangriento, aquellas telas rojas, amarillas, azules, las plumas que al viento se estremecían, tuve la visión de varios regimientos enemigos que se arrojaban vencedores, ébrios de pillaje sobre París vencido...

Y, sinceramente lo digo, me indignaba no oír el estampido de los cañones que escupen la muerte...

Un obrero que volvía del trabajo se paró en aquel instante al borde del arroyo, y con sus herramientas sobre las espaldas contemplaba el espectáculo.

No vi odio en sus ojos; aquel espectáculo le producía una especie de éxtasis. La cólera se apoderaba de mí... Tenía ganas de cogerle por el cuello y gritarle:

«¿Qué haces ahí, imbécil? ¿Por qué miras así a esas mujeres? Son un insulto á tu vestido destrozado, á tus brazos cansados, á todo tu cuerpo aniquilado por el trabajo excesivo... En los días de revolución crees vengarte de la sociedad que te aplasta y destruye, matando á soldados y sacerdotes, humildes y pobres como tú, y nunca has pensado en erigir cadalsos para las criaturas infames, las bestias feroces que te roban tu pan... Mira: la misma sociedad que te abraza con pesadas cadenas de eterna miseria, esa misma sociedad que te protege, la enriquece, transformando las gotas de tu sangre en oro para cubrir los pechos impúdicos de esas indignas... Para que ellas habiten palacios suntuosos es preciso que tú te agotes, que revides de hambre y que te destruyan el cráneo contra las barricadas...»

Callé, y no vi más, porque un ruido sordo resonó como un largo trueno. Extendí los brazos como para defenderme contra la oscuridad, cuando de repente se abrió delante de mí una blanca carretera. Sobre ella caminaba un hombre, y este hombre contemplaba las mieses que maduraban y las praderas donde pacían mansos rebaños.

Los árboles extendían hacia el caminante sus ramas cargadas de frutas purpúreas, y de todas partes subían voces de la tierra que parecían llamarle: «¡Ven á nos, tú que sufriste, tú pecador... Somos las niñas que te consuelan, que vuelven á los pobres el reposo de la vida y la paz de la conciencia... ¡Ven á nos, tú que quieres vivir!»

Y el hombre, con los brazos levantados al cielo, exclamaba: «¡Sí, quiero vivir! ¿Qué tengo que hacer para no sufrir más? ¿Qué tengo que hacer para no pecar más?»

Los árboles se agitaban, las mieses balanceaban sus olas doradas, de cada hierba salía un estremecimiento, y una sola voz como una armonía universal contestaba: «¡Amor!»

Y el hombre emprendió otra vez su camino y alrededor suyo gorjearon los pájaros...

Al día siguiente compré un vestido de obrero...

OCTAVIO MIRBEAU

Los que se separan del jesuitismo, llámense Mira, Mora ó Mon, dicen que eso del Corazón de Jesús es una vil explotación ofensiva á Jesucristo, una comedia de sentimentalismo pietista necio, una bandera de enganche, una panacea sistema Garrido, y un peligro para el dogma de la Eucaristía y para toda la religión...

Y á pesar de esto, el Sagrado Corazón por todas partes produciendo millones á los jesuitas. ¿Es que realmente son ellos listos, ó que la humanidad es imbécil en sus noventa y nueve partes por cada ciento? Creo lo último.

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

45 folletos.—15 céntimos uno.

Colección completa, 5 pesetas franca de porte y certificada.

Para los suscriptores á EL MOTIN á 10 céntimos, cargándoles únicamente el certificado.

Pueden pedirse sueltos.

«Se promueve una guerra con los infieles, y nos vengamos? Castigo de Dios, por nuestros pecados: hay que desagraviarle costando funciones religiosas.

«Les pegamos! Funciones en acción de gracias, puesto que á la bondad de Dios lo debemos.

«Estamos bien de salud? Hay que alabar á Dios, ya que nos dispensa beneficio tan grande.

«Estamos enfermos? Unicamente puede curarnos la bondad de Dios, que nos envía la enfermedad para probarnos que se acuerda de nosotros.

De manera que no hay hora segura para la moneda trasconejada en el bolsillo del buen creyente.

LA POBREZA

«Magnífico entiero! Una carroza estufa monumental, nueva en España, copiada exactamente de la que posee la familia del emperador de Austria y muy parecida á la que se conserva en las cocheras del palacio real de Madrid, denominada de doña Juana la Loca.

Del mejor gusto, de gran severidad y cerrada por los lados con cristales, tiran de ella seis hermosos caballos negros empujados conducidos por palafreneros de gran gala.

«Pues no veo la ganga de la redención!»

«Pues no veo la ganga de la redención!»

«Pues no veo la ganga de la redención!»

«Pues no veo la ganga de la redención!»

«Pues no veo la ganga de la redención!»

«Pues no veo la ganga de la redención!»

«Pues no veo la ganga de la redención!»

«Pues no veo la ganga de la redención!»

«Pues no veo la ganga de la redención!»

«Pues no veo la ganga de la redención!»

El cadáver del afortunado mortal que tan regiamente es conducido á su última morada, va encerrado en un soberbio ataud de zinc negro; detrás de la carroza va un lujosísimo coche de respeto, tirado por dos caballos, negros también y con penachos blancos.

El cadáver que orgullosamente va en el ataud, es el de un pobre á quien le ha tocado en suerte estrenar la nueva carroza adquirida en el extranjero por una empresa funeraria.

Ha muerto en el hospital abandonado de todos, y la empresa explota su cadáver para anunciar en los periódicos su caridad y la carroza nueva.

La pobreza es una rica mina que todos explotan, menos el que la posee.

A MIS CORRELIGIONARIOS

Insisto en encargarles que abran en cada población un registro donde ir apuntando los nombres de los piadosos ciudadanos que adornan sus casas ó sus personas con el Corazón Carlita, fijándose especialmente en los neos que pasan por republicanos.

Todo con el santo fin de evitar funestas equivocaciones en su día.

¡Seré yo amante de la equidad y de la justicia!

No seáis ingratos, presbíteros, no seáis ingratos. Si el demonio os alimenta, os viste y os calza ¿por qué tronáis incesantemente contra él?

Bueno es que de vez en cuando, y para mantener el temor en las almas piadosas, le déis alguna que otra repasata. A los imbéciles que os pagan le gusta eso, y os conviene tener contentos á los imbéciles.

Pero fuera de este caso, guardadle al demonio toda clase de consideraciones. ¿Que sería de vosotros, de vuestras amas y de vuestros sobrinos sin él?

TEORÍA Y PRÁCTICA

El predicador, después de pintar la vida de Cristo dedicada á la defensa del débil y el amor al pobre, llega á la traición de Judas, y frases de indignación le arranca la miserable venta. Nunca el apóstol maldito fué antemaldito con más energía.

Si hubiera entregado á su divino Maestro por odio ó por venganza, monstruoso sería siempre el crimen; pero por dinero? Deberían inventarse miles de infiernos para castigarle.

¿Con qué elocuencia trueno el buen sacerdote contra el vil metal, padrastró de la inocencia, tirano de la virtud, incentivo de la traición! Dan ganas de tirar al suelo las monedas que se llevan en el bolsillo, después de escupirlas.

Terminado el sermón, desciende magestuosamente el cura del púlpito, atraviesa con solemnidad el templo haciendo reverentemente una genuflexión ante el altar mayor, entra en la sacristía, pregunta al sacristán si ha cobrado á la Hermandad el importe de la plática, le contesta que sí al par que se lo entrega, lo cuenta con avidez, se fija en una peseta de ley dudosa...

Y administra furiosamente un puntapié al sacristán.

En 1527 entraron en Roma los soldados de Carlos I de España, y después de saquearla cruelmente, violaron monjas, robaron templos, se emborracharon bebiendo en los sagrados cálices, y arastaron por los lupanares los ornamentos sacerdotales por lo que escarnio se pusieron, con otra porción de brutalidades enloquecedoras.

Convengamos, exageraciones ó intransigencias á un lado, que la monarquía ha tenido también rasgos sublimes dignos de imitación.

En 1527 entraron en Roma los soldados de Carlos I de España, y después de saquearla cruelmente, violaron monjas, robaron templos, se emborracharon bebiendo en los sagrados cálices, y arastaron por los lupanares los ornamentos sacerdotales por lo que escarnio se pusieron, con otra porción de brutalidades enloquecedoras.

Convengamos, exageraciones ó intransigencias á un lado, que la monarquía ha tenido también rasgos sublimes dignos de imitación.

En 1527 entraron en Roma los soldados de Carlos I de España, y después de saquearla cruelmente, violaron monjas, robaron templos, se emborracharon bebiendo en los sagrados cálices, y arastaron por los lupanares los ornamentos sacerdotales por lo que escarnio se pusieron, con otra porción de brutalidades enloquecedoras.

Convengamos, exageraciones ó intransigencias á un lado, que la monarquía ha tenido también rasgos sublimes dignos de imitación.

En 1527 entraron en Roma los soldados de Carlos I de España, y después de saquearla cruelmente, violaron monjas, robaron templos, se emborracharon bebiendo en los sagrados cálices, y arastaron por los lupanares los ornamentos sacerdotales por lo que escarnio se pusieron, con otra porción de brutalidades enloquecedoras.

Convengamos, exageraciones ó intransigencias á un lado, que la monarquía ha tenido también rasgos sublimes dignos de imitación.

En 1527 entraron en Roma los soldados de Carlos I de España, y después de saquearla cruelmente, violaron monjas, robaron templos, se emborracharon bebiendo en los sagrados cálices, y arastaron por los lupanares los ornamentos sacerdotales por lo que escarnio se pusieron, con otra porción de brutalidades enloquecedoras.

Convengamos, exageraciones ó intransigencias á un lado, que la monarquía ha tenido también rasgos sublimes dignos de imitación.

En 1527 entraron en Roma los soldados de Carlos I de España, y después de saquearla cruelmente, violaron monjas, robaron templos, se emborracharon bebiendo en los sagrados cálices, y arastaron por los lupanares los ornamentos sacerdotales por lo que escarnio se pusieron, con otra porción de brutalidades enloquecedoras.

Convengamos, exageraciones ó intransigencias á un lado, que la monarquía ha tenido también rasgos sublimes dignos de imitación.

En 1527 entraron en Roma los soldados de Carlos I de España, y después de saquearla cruelmente, violaron monjas, robaron templos, se emborracharon bebiendo en los sagrados cálices, y arastaron por los lupanares los ornamentos sacerdotales por lo que escarnio se pusieron, con otra porción de brutalidades enloquecedoras.

Convengamos, exageraciones ó intransigencias á un lado, que la monarquía ha tenido también rasgos sublimes dignos de imitación.

En 1527 entraron en Roma los soldados de Carlos I de España, y después de saquearla cruelmente, violaron monjas, robaron templos, se emborracharon bebiendo en los sagrados cálices, y arastaron por los lupanares los ornamentos sacerdotales por lo que escarnio se pusieron, con otra porción de brutalidades enloquecedoras.

Convengamos, exageraciones ó intransigencias á un lado, que la monarquía ha tenido también rasgos sublimes dignos de imitación.

En 1527 entraron en Roma los soldados de Carlos I de España, y después de saquearla cruelmente, violaron monjas, robaron templos, se emborracharon bebiendo en los sagrados cálices, y arastaron por los lupanares los ornamentos sacerdotales por lo que escarnio se pusieron, con otra porción de brutalidades enloquecedoras.

Convengamos, exageraciones ó intransigencias á un lado, que la monarquía ha tenido también rasgos sublimes dignos de imitación.

En 1527 entraron en Roma los soldados de Carlos I de España, y después de saquearla cruelmente, violaron monjas, robaron templos, se emborracharon bebiendo en los sagrados cálices, y arastaron por los lupanares los ornamentos sacerdotales por lo que escarnio se pusieron, con otra porción de brutalidades enloquecedoras.

Convengamos, exageraciones ó intransigencias á un lado, que la monarquía ha tenido también rasgos sublimes dignos de imitación.

En 1527 entraron en Roma los soldados de Carlos I de España, y después de saquearla cruelmente, violaron monjas, robaron templos, se emborracharon bebiendo en los sagrados cálices, y arastaron por los lupanares los ornamentos sacerdotales por lo que escarnio se pusieron, con otra porción de brutalidades enloquecedoras.

Convengamos, exageraciones ó intransigencias á un lado, que la monarquía ha tenido también rasgos sublimes dignos de imitación.

En 1527 entraron en Roma los soldados de Carlos I de España, y después de saquearla cruelmente, violaron monjas, robaron templos, se emborracharon bebiendo en los sagrados cálices, y arastaron por los lupanares los ornamentos sacerdotales por lo que escarnio se pusieron, con otra porción de brutalidades enloquecedoras.

Convengamos, exageraciones ó intransigencias á un lado, que la monarquía ha tenido también rasgos sublimes dignos de imitación.

En 1527 entraron en Roma los soldados de Carlos I de España, y después de saquearla cruelmente, violaron monjas, robaron templos, se emborracharon bebiendo en los sagrados cálices, y arastaron por los lupanares los ornamentos sacerdotales por lo que escarnio se pusieron, con otra porción de brutalidades enloquecedoras.

Convengamos, exageraciones ó intransigencias á un lado, que la monarquía ha tenido también rasgos sublimes dignos de imitación.

En 1527 entraron en Roma los soldados de Carlos I de España, y después de saquearla cruelmente, violaron monjas, robaron templos, se emborracharon bebiendo en los sagrados cálices, y arastaron por los lupanares los ornamentos sacerdotales por lo que escarnio se pusieron, con otra porción de brutalidades enloquecedoras.

toridades, solicitó que lo trasladaran al hospital, pero se llevó chasco, y el camastón del vejestorio, montado en un burro, salió para su destino.

Al llegar á Getafe hizo cuatro morisquetas agonizantes para hacer creer que estaba muy enfermo, y el alcalde lo mandó al hospital.

¿Y sabéis cómo agradeció aquella muestra de caridad? Espirando á las 24 horas, tal vez con el infame propósito de vengarse de los que en Madrid no hicieron caso de su petición.

Reconozcamos la razón que tienen los que tratan de ingrato al pueblo.

FABULITA

Dijo un burro matalón á otro burro su pariente: —Tu rebuzno es más potente que el rugido del león.

Con gran acento profundo respondió el otro ufano: —Cuando rebuznas, hermano, se extremece medio mundo.

Oyendo lo cual un potro, exclamó: —Bien me lo explico. ¡Qué gran cosa es un borrico cuando es medido por otro!

La consecuencia es palmaria y el efecto bien probado. Los burros han inventado la fama comanditaria.

MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

No han reparado mis lectores en que apenas hay fotografía que no tenga en el escaparate los retratos de dos ó tres obispos?

La moda tiene caprichos extraños; hoy, toreros; mañana, pelotaris; un día, horizontales; otro, tanores; otro, obispos...

Lo que no entiendo, es cómo éstos se prestan á exhibiciones mundanales, adoptan posturas arrogantes, ni se echan encima, como las coquetas, el fondo del cofre para ponerse ante una máquina fotográfica.

No pretendo, ni mucho menos, que se retraten en paños menores; ¿estarían bonitos!, sino que no hagan ostentación de lujo.

Hay tantos infelices redimidos que no tienen pan, ni vestido, ni techo que los cobije, que deberían evitar las comparaciones, siempre odiosas.

La religión del «Katipunan»

(APUNTES PARA UN ENSAYO DE TEODICEA FILIPINA)

AMPLÍSIMO CONCEPTO QUE LOS FILIPINOS TENÍAN DE UNA RELIGIÓN ÚNICA Y COMÚN

Hemos sentado que jamás la naturaleza podrá hallarse en contradicción con nuestra conciencia. Del mismo modo, Dios nos ha dado nuestra razón para que nos guiemos por ella; hacer, pues, buen uso de nuestra razón, esto es, siempre de buena fe, jamás podremos faltar á nuestro Dios. (1)

Por ejemplo: Un antiguo filipino que profesaba la religión de Bathala, ó un igorrote de las selvas de Filipinas que no posee más que ideas primitivas de una inculta teogonía, no tiene el deber, en caso de duda, de aceptar todo un sistema filosófico del cristianismo, porque el igorrote podría pensar, y así pensará seguramente, que la verdadera es la que le han enseñado sus padres, porque éstos no son capaces de engañarle, mientras los filósofos extranjeros podrían burlarse de su ignorancia.

Para los filipinos, toda religión por bárbara que sea, sinceramente profesada, es buena. Dios no se fija en la mayor ó menor cantidad de ciencia que pueda encerrar un sistema religioso, sino en la pureza de los sentimientos, en el mayor ó menor fervor, gratitud y confianza que le demuestran las criaturas al dirigirse á Él (2).

Ya está averiguado que las grandes religiones Cristianismo, Budismo, las de Confucio, Mahoma, etc., se parecen todas en el fondo. Un autor ha llegado á decir que lo único original que tiene el cristianismo, son las bienaventuranzas, si bien Renan asegura que también las parábolas son exclusivamente de Jesús. (3)

Todas las religiones en el fondo son una misma cosa: las diferencias sólo consisten en la variación de lenguas y de sistemas, creada por el apartamiento posterior de unos pueblos de otros; pero la Religión, así como la Moral, son universales.

Por eso, los antiguos filipinos, no mahometanos, no tuvieron dificultad alguna en abrazar el Catolicismo, porque no creían perder nada con ello.

VI

PSICOLOGÍA—IDEA DE OTRA VIDA

El hombre está compuesto de formas materiales y de un motor espiritual que anima á aquéllas (4).

Si los filipinos tenían idea del alma que llamaban *kaluluwa* ó *kararua*, según los distintos dialectos. Además del alma, hablaban de otra que los ilocanos llamaban *karkarmá*, que puede perder el hombre permaneciendo éste vivo, pero que, según decían, con ella desaparecía la razón y la sombra del individuo, la cual parece recordar esa sintezación de la materia organizada y del espíritu que según los principios de la filosofía espiritista, sirve para constituir el ser animal y el ser humano, por medio de un lazo flúidico, plástico, á que se denomina *Peri-espíritu*, *meta-espíritu* ó *cuerpo aereo celestial*. (5)

Está dotado el hombre por el Criador de libre

(1) Spinoza demuestra que «las Santas Escrituras reconocen de todo en todo, no sólo la luz natural, sino el conocimiento que por ésta tenemos de la ley divina»; y cita textos de Salomón y del apóstol San Pablo.

(2) Ya pensaba Sócrates que la adoración de la divinidad era una cosa tan sagrada en sí misma, que no había necesidad de contradecirla aun cuando se equivocase de dios.

(3) «Donde más sobresalía el maestro era en la parábola: en este género nada había en el judaísmo que pudiera servirle de modelo; por consiguiente él fué quien le inventó. Verdad es que en los libros bíblicos se encuentran parábolas cuyo tono y forma son exactamente iguales á los de las evangélicas; pero no es admisible que una influencia bíblica llegase hasta Jesús. Estas analogías pueden explicarse por el espíritu de misticismo y la profundidad del sentimiento que fueron comunes al budismo y al cristianismo nacientes.»—Renan, en *Vida de Jesús*.

(4) «El hombre no es más que una resultante siempre variable de todas esas facultades ó tendencias diversas y autónomas de los centros nerviosos y de las células del cerebro. Todas son solidarias entre sí, sin que eso les impida tener una vida propia (que se equilibran y á veces se contradicen) y no están subordinadas á un órgano central: el alma.»—Kropotkin, en la «Anarquía, su filosofía, su ideal».

(5) *El Espiritismo en la Filosofía*, por Manuel González Soriano. Véase además el *Libro de los Espíritus* de Allan Kardec (lib. II, cap. I, vers. 95 á 95).

albedrío, que es el mejor adorno de todo ente racional. El hombre, pues, debe sostener y defender su libertad, así